

Antonio Gómez Hueso

BILLIE'S BLUES

Antonio Gómez Hueso

Era tarde cuando llegué al Café Society, mucho después de la medianoche. Bajé sus escalinatas infernales y me encontré inmerso en aquel ambiente tan particular: humos, tenues reflejos luminosos desde las mesas, penumbras y rostros inmóviles, absortos ante la reina de la sala que resurgía del rayo de luz que le lanzaba un foco: Lady Day desvelaba, con su cálido fraseo vocal, una historia de amores rotos, en su estilo único, irrepetible. Afuera la oscuridad batallaba con el intenso frío, queriendo infructuosamente abrirse paso hacia el amanecer de un nuevo día, que se intuía lejano aún. El club era una especie de oasis placentero en medio de la dura travesía por aquel invierno de 1940 en Nueva York.

Me acerqué al bar, pedí un whisky y me senté de espaldas a la barra para contemplar mejor la actuación de mi cantante favorita. La acogedora voz puso fin a "*Fine and mellow*", uno de sus temas más famosos en aquella época, que ella misma había escrito. El público aplaudió con entusiasmo la interpretación y la cantante lo agradeció con su gesto característico de levantar los brazos, como si brindara con todos por la música, la vida, el amor... Los miembros del grupo se pusieron a tocar enseguida la larga introducción de un tema rápido que yo no conocía. Billie aprovechó esos pocos minutos instrumentales para irse discretamente detrás del escenario, tomarse un pequeño respiro, bebiendo algo, posiblemente. Volvió a tiempo para encarar la letra de la pieza, que contaba con muy poca aportación vocal y que narraba lo que podía hacer un pequeño rayo de luna por arreglar las cuitas de unos enamorados. Otra vez los aplausos y otra vez la vuelta al *swing*, desgarrando una nueva canción, redistribuyendo pausas y sensibilidad, derrochando ternura expresiva y emoción en cada acento, en cada palabra. El público se dejaba llevar por su candidez vocal y el monótono ritmo que imponía la batería, en medio del alcohol, el tabaco y los besos fugaces. En la penumbra de la sala la vida era algo placentero, medio vivida, medio soñada, con retazos de un pasado bello e irrecuperable y unas gotas de esperanza para el mañana difícil de aquel remoto invierno. El saxo triste de Pete Ferguson, "Ronky", subrayaba, de vez en cuando, con solos llenos de poesía, la magia del jazz de madrugada, en una época difícil en donde el único paraíso de Greenwich Village era este club, llamado a ser el lugar de la confirmación de la más grande cantante de swing de toda la historia. Yo estaba allí, relajado, dejándome llevar, como en otras noches, de ese fluido invisible que me proporcionaba los seis músicos y ella, mi pasión. Los minutos fueron lentamente desgranándose, sorbo a sorbo, en una experiencia atemporal de armonía y paz interior.

Tan embelesado estaba con lo que estaba ocurriendo en el escenario, que no me había percatado de una especie de discusión que estaba teniendo lugar a unos pocos metros de donde yo estaba, en la misma barra. Volví la cabeza y enseguida reconocí a Barney, el dueño del Café Society, que intentaba alejar a un tipo de aquel lugar. El hombre se resistía a irse y observé que estaba bebido. Barney intentaba echarlo de la manera más discreta, sin levantar revuelo, susurrándole algunas palabras y sin requerir la ayuda de alguno de los guardias que tenía para estos menesteres. Pese a sus precauciones, el sujeto, roto por el alcohol todo tipo de inhibición, empezó a levantar la voz y a dejar en evidencia el problema que se estaba generando. Muchas personas

se dieron cuenta del incidente y giraron sus cabezas en dirección al lugar. Algunas sisearon para que se restableciera el silencio de antes, pero esto, más que frenar al beodo, le dio alas para elevar más la voz. Lo que quería evitar Barney se produjo: Billie se percató, desde el escenario, de lo que estaba ocurriendo. Al finalizar la canción se retiró apresuradamente, mientras el público aplaudía y la orquesta atacaba un nuevo tema instrumental de ritmo frenético, que reconocí al instante. Los guardias habían aparecido para ayudar al dueño del local, pero éste les dijo que no pasaba nada y les ordenó que se retirasen. No quería que sacaran al sujeto por la fuerza. Le rodeó con un brazo encima del hombro en señal de amistad e intentó alejarlo de la barra. Éste se dejó llevar al principio, en dirección al despacho que tenía Barney arriba, en la planta baja, pero enseguida se zafó del dueño, cambió en dirección y se encaminó al escenario en donde los músicos de Billie seguían interpretando "*Roses into your eyes*", el legendario tema de Bud Dearie que tanto me gustaba. Iba tambaleante por el pasillo central, entre las mesas, arrastrando a Barney con él y señalando al escenario. Todas las miradas estaban puestas en la pareja. En algunas mesas se cuchicheaba, puesto que habían reconocido en el ebrio al saxofonista Mel Hartman, el antiguo amor de Billie, con el que había roto hacía unos meses, tras varios años de compenetración artística y sentimental. Un compañero de barra se encargó de dar la noticia a los que, como yo, desconocíamos la identidad del hombre. Además (siempre hay listillos en cualquier parte, aunque sea en un oscuro club de jazz neoyorquino), añadió el móvil del comportamiento del tal Hartman:

—Su intención es acompañar a Billie en un tema, como en los viejos tiempos.

—Pero está borracho y ella no quiere ni volverlo a ver —añadió otro.

Entonces recordé el amplio reportaje que leí hacía un mes más o menos en el "Herald Tribune". En él se contaba los dos años de romance entre Billie y Mel, desde que se conocieron en un club de blues de Menfis, su unión profesional y sentimental, los temas que escribieron juntos y la dolorosa separación de hacía unos meses. La revista especulaba con los motivos de la misma, la creciente afición al alcohol del músico, los malos tratos que se le suponía infringía a la cantante, problemas económicos... no recordaba bien todo lo que leí, pero en mi mente permanecían algunas imágenes de la pareja, que la revista incluía, pero que no habían tenido la nitidez suficiente en el recuerdo para que yo reconociese anteriormente a Hartman.

Barney Josephson esperó a que los músicos terminaran el tema y con un gesto les indicó que desaparecieran. Entonces, llevando a Mel del brazo, subió al escenario, dejó al tambaleante músico y le buscó una silla desde detrás del telón de fondo, lo sentó, y luego le entregó el saxo que minutos antes había tocado "Ronky" Ferguson. Mel Hartman estaba en un deplorable estado, lloraba silenciosamente, observando el instrumento, sin atreverse a tocarlo. Barney se dirigió al público:

—¡Y ahora, señoras y señores, algo que no estaba previsto y que servirá como intermedio de la actuación de la gran Billie Holiday! ¡El también gran saxofonista Mel Hartman, aunque esta noche no sabemos si será grande — susurró en voz baja—, nos va a interpretar una pieza!

Mel hizo caso omiso a la presentación y masculló entre dientes:—Que salga ella...

—Vamos, Mel, me has prometido que sólo querías tocar un tema y que luego te irías a casa. No estás en muy buenas condiciones esta noche.

—Pero... ¡quería hacerlo con ella! ¡Que salga!

—Sabes que no es posible. Si no quieres tocar, márchate ya. No me obligues a utilizar la fuerza contra ti.

Mel quedó en silencio con la cabeza agachada y sosteniendo el saxo. Poco a poco se fue serenando. Barney seguía a su lado. Al fin se llevó el instrumento a la boca y empezó a lanzar unas notas aisladas, que poco a poco se fueron armonizando y trazando una melodía. Entonces el propietario del local abandonó el escenario y lo dejó solo. Mel, pese a su estado de embriaguez, tocaba con precisión, aunque se detuvo en varias ocasiones para contener las lágrimas. Los espectadores, unos porque habían reconocido al antiguo amor de Billie, otros por caridad, aplaudieron incluso las interrupciones del tema. Sin hacer ninguna pausa, Mel arrancó con las notas de "This can be love", la canción más popular de las que escribió la pareja cuando permanecieron unidos. Era una serena y bella balada de amor. El público reconoció enseguida la melodía y aplaudió el comienzo.

Y entonces sucedió. Nadie lo esperaba. Billie apareció con el micrófono en mano cantando el tema. Mel giró la cabeza para mirarla y, pese a que seguía tocando, se pudo notar una emoción especial en su rostro ante la aparición de la artista, a la que seguía amando fervorosamente. Billie le dirigió una tierna mirada, pero enseguida se acercó al borde del escenario y paseó mientras su voz seguía desarrollando la letra de la bella canción. La conjunción entre el músico y la cantante era total; había un silencio profundo en la sala, el público intuía la singularidad e importancia del momento. Observé que Barney, enfrente de donde yo me hallaba, al fondo del lateral derecho, miraba complacido la escena. Las desavenencias amorosas entre la pareja habían sido muy fuertes, me enteré después, y Billie siempre se había negado, hasta aquella noche, a hablar con Mel y, mucho menos, a compartir escenario. Cuando llegó la parte central del tema, el solo de saxo, Mel lo atacó con fuerza, desplegando un arpeggio de sonidos altos que me puso la carne de gallina, luego fue bajando el tono, recreándose con la melodía principal. Mel improvisaba, alargando aquellos momentos únicos para él, eludiendo ofrecer la entrada para que Billie cantara la última parte. Ella se movía ligeramente, con esa elegancia y sensualidad que irradiaba en el escenario; miraba a puntos inconcretos del espacio, escuchando fervientemente el discurso musical de su antiguo amante, sin mostrar ningún signo de impaciencia ante el evidente alargamiento de la improvisación musical. Al fin, Mel fue cesando en su vigor, templando las notas y anunciando a los entendidos que la parte instrumental acababa. Dio entrada de nuevo a la cantante y ésta continuó hasta el fin, desplegando sus mejores matices melódicos con su legendaria e inimitable vocalización. Al final la ovación del público quebró el ambiente reposado de antes, detonando entre las brumas del local.

Billie se acercó a Mel, le besó en las mejillas y salió del escenario sin atender a lo que intentaba decirle. El músico había sacado del bolsillo de su chaqueta una rosa, pero la cantante ya no estaba para recibirla. Se quedó con la flor en una mano, el saxo en la otra, mirando el telón de fondo, por donde había desaparecido su amor, en una pose un tanto cómica. Barney apareció de nuevo.

—¡Fabulosos! ¡Billie Holiday y Mel Hartman! ¡Reunidos en esta ocasión única

en el Café Society! ¡Un nuevo aplauso para los dos!

Aprovechó el ruido de la ovación para acercarse a Mel, retirar el saxo y murmurarle, seguramente, que debía abandonar el escenario. El músico le hablaba al oído y el dueño del local negaba con la cabeza, invitándole además, con suaves tirones del brazo, a que dejara el escenario. Al fin debió decirle algo más convincente, porque ambos descendieron hacia las mesas. Barney recordó algo y volvió a subir:

—¡Media hora de intermedio y de nuevo volverá a estar con ustedes, señoras y señores, la gran Billie Holiday, acompaña de su fabuloso grupo!

¡Aprovechen el tiempo para reponer bebidas y para susurrar bellas palabras de amor a su pareja!

Volvió con Mel, intentando llevarlo a la salida. El músico seguía resistiéndose y Barney hizo un gesto a dos de sus guardianes, quienes, discretamente y fuera ya de la zona de las mesas, lo sacaron del local.

Poco a poco se reanudó la atmósfera habitual del Café Society. Empezó a crecer el murmullo y la algarabía propios de un club nocturno donde la gente acudía, además de escuchar a los grandes nombres del jazz, a divertirse, a excitar los sentidos, a beber... Barney volvió y empezó a conversar con los clientes de las mesas, como habitualmente hacía en los intermedios; les preguntaba cómo iba todo, si se estaban divirtiéndose, qué necesitaban..., aunque aquella noche, supuse, tendría el trabajo extra de comentar el incidente.

Volvía a pensar en lo que había ocurrido momentos antes. Me había impresionado la ternura demostrada por Billie, su comunicación estética con una persona con la que había roto sentimentalmente (con bastante virulencia, recordaba haber leído), con una persona con la que se negaba categóricamente a continuar relacionándose en el plano personal. Sin embargo, la fuerza de una canción había roto ese hielo y durante unos minutos volvieron a ser la pareja de antaño, cuando triunfaban en sus giras por las grandes ciudades americanas.

No volví a ver a Mel Hartman. Presenció la segunda parte de la actuación de Billie, que era también su segunda y última de la noche, y me fui a casa muy tarde, cerca de las tres de la madrugada.

Al día siguiente, en la edición de tarde del "Herald", conocí el desenlace de la noche anterior: un hombre había sido hallado muerto, con claros indicios de congelación, en un callejón próximo a la salida de artistas del Café. En un primer momento no fue reconocido, porque iba indocumentado. El juez levantó el cadáver. La policía preguntó por los alrededores para intentar establecer la identidad del fallecido. Uno de los últimos camareros en abandonar el club, alrededor de las seis de la mañana, dos horas después del cierre, dio la pista definitiva al reconocer la rosa ajada que llevaba uno de los policías, rota al haberle sido arrancada de entre los dedos, antes mágicos, ahora escuálidos, del músico Mel Hartman.

HISTORIA DE LOS TRES QUE OFENDIERON

Antonio Gómez Hueso

Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá es el único omnisapiente) que en la ciudad de Granada, en tiempos de Muhammad III “el ciego”, hubo un juez, o cadí, llamado Mohamed ben Biaxara, conocido por su extrema rectitud a la hora de juzgar a los malhechores y por su crueldad en dictar sentencias.

Vivía por la Sierra de Yabal Sulayr un temible monfí, conocido con el nombre de Borob. Saqueaba en sus incursiones viviendas y se daba a la fuga rápidamente con su banda de criminales, impidiendo que las tropas del rey lo apresaran. Su desafío a la justicia de Muhammad III duraba ya más de dos años. Nadie sabía dar datos certeros sobre su figura, porque degollaba a todos los que rapiñaba. Era un personaje muy temido, espanto de la vega, también.

Un día, Mohamed ben Biaxara tuvo que juzgar a una prostituta que había sido encontrada dormida en los jardines de la Alhambra. Cuando fue presentada ante la asamblea de curiales, el juez quedó impresionado por su belleza y juventud. La mujer declaró que no era una ramera, que había llegado de la sierra para comprar víveres, pero que unos ladrones le habían robado todas sus monedas en una callejuela próxima al palacio. Como no tenía sitio donde dormir, buscó un rincón en los jardines. Pidió compasión por Alá (que ningún infiel ose nombrarlo). Nadie la creyó, pues no dio el paradero exacto de dónde vivía y porque no era normal que una mujer viajara sola por los caminos de montañas, atravesando bosques y cruzándose con gentes de mil raleas. El juez, tras un instante de duda por la sorpresa que le había surgido al ver allí aquella deliciosa hembra, obscenamente mal vestida, dictó la sentencia habitual en aquellos casos: cincuenta latigazos y destierro a los montes. No obstante, por primera vez, sintió un malestar interno; quizá, en verdad, fuera cierto lo que decía la infeliz; además era mucho castigo lastimar un cuerpo tan hermoso. Mas no quiso mostrar debilidad pública y dejó que los alguaciles la sacaran de la curia, desoyendo las súplicas desesperadas que lanzaba la desdichada en nombre del Altísimo (por siempre venerado).

Cuando estuvo en su casa, al mediodía, Mohamed ben Biaxara intentaba en vano quitarse la turbación que le provocaba el recuerdo de la mujer. Después de mucho meditar el asunto, optó por intentar ayudarla, aunque debía de hacerlo muy sutilmente, para no despertar en la gente la sospecha de que estaba siendo considerado con una rea. Con el argumento de que iba de nuevo a interrogarla, ya que había recibido una información confidencial que la relacionaba con el bandido Borob, se decidió a visitar la mazmorra.

Cuando llegó a los húmedos subterráneos, situados al lado del Guad al Xenil, muy por debajo del nivel del mismo, se sorprendió al ver que los carceleros habían comenzado a aplicar ya la sentencia que él dictó horas antes. Era costumbre ejecutar los castigos corporales al amanecer del día siguiente al que se formulaba la sentencia, por lo que el juez se irritó al contemplar a la mujer, sin fuerzas, con los brazos levantados y la cabeza inclinada, atadas sus muñecas a unas cadenas que pendían del techo, despojada de su vestimenta de cintura para arriba. Dos carceleros la flagelaban sucesivamente, uno en la

espalda y otro en el abdomen. La indefensa gemía de un modo muy débil, que contrastaba con la fuerza del estallido de los látigos. Ordenó al capitán de los carceleros que mandase parar inmediatamente el castigo. Obedecieron, la libraron de las cadenas y llevaron su cuerpo inerte al camastro de una de las inmundas y húmedas celdas. El juez se acercó allí y se percató de que la infeliz estaba casi sin conocimiento, gemía entrecortadamente, con el cuerpo ensangrentado, y que, por tanto, no podía llevarse a cabo su pretensión de interrogarla. Le comunicó al capitán, jefe de la mazmorra, que era de mucho interés hablar con la presa, porque había recibido una confidencia de que era la amante del terrible Borob, y que, en consecuencia, quedaba aplazada la ejecución total de la sentencia, hasta tanto él no procediera a interrogarla, cosa que empezaría a hacer al día siguiente. Igualmente ordenó que alguna curandera acudiese a aliviar el dolorido cuerpo para que estuviese dispuesta para el momento.

Uno de los espías de Borob estaba en la celda y oyó las palabras del juez. A las pocas horas, tomó su caballo y fue a la sierra en busca del criminal para informarle que el juez había detenido a una de sus amantes. Borob estalló en cólera cuando oyó la noticia. Habitualmente le cortaba el cuello a cada mujer con la que fornicaba, pero en una ocasión había tenido la debilidad de perdonar. ¿Y si la ingrata daba las señas de la cueva en donde se ocultaba? Decidió asaltar la cárcel la noche del día siguiente, sacar de allí a la ramera y, tal vez, matarla.

Pero el juez tenía decidido también consumir sus abyectas intenciones aprovechando la oscuridad. Acudió al atardecer del día siguiente a la prisión y, con el pretexto del interrogatorio, ordenó que le dejaran solo con Mawiya. Pidió la gruesa llave de la celda y se encerró con ella. La desdichada yacía en el catre, mejorada de sus heridas, pero muy débil aún. Se despertó al notar sobre ella el peso y las caricias de alguien. Dio un grito e intentó desembarazarse del juez, quien la agarró fuertemente. Ella, comprendiendo sus intenciones y viendo que no podía controlarlo, buscó intuitivamente algo con lo que defenderse, hasta que su mano tropezó con el taburete que había al lado del catre. Lo agarró, lo que hizo que las llaves que el juez había puesto allí cayeran al suelo, lo levantó y lo golpeó contra la cabeza de su asaltante. Este dio un alarido, se llevó las manos a la herida y ella aprovechó para zafarse y darle un segundo golpe, ya más contundente, que hizo perder el conocimiento a Ben Biaxara. Recogió las llaves, abrió la celda y salió huyendo a sabiendas de que los guardias la detendrían enseguida. Sin embargo, se sorprendió al ver que no había nadie en el pasillo, que llegaba a la salida, sin que le vetaran el paso. Corrió todo lo que pudo hasta que, en medio de una callejuela, unas sombras la redujeron. Luego unos soldados entraron, sacaron al desfallecido juez, después de que su postura dejara en evidencia sus indecentes intenciones.

Borob llegó con sus secuaces a las proximidades de la prisión ya de madrugada. Se sorprendieron de no encontrar guardianes delante de las mazmorras, pero pensaron que estarían dentro debido a la hora, por lo que aproximaron, entraron y buscaron la celda en donde debía encontrarse la mujer.

Entonces un gran estruendo se produjo y aparecieron centenares de soldados de la guardia real, acorralaron y cerraron la prisión, dejando dentro a Borob y sus bandidos. Se dieron cuenta tarde de la trampa.

Y es que cuando al rey le informaron de la noticia, falsa, de que Mawiya era amante de Borob y vieron salir de Granada a Karim, sospechoso desde hacía tiempo, ya

que alguien lo denunció como integrante de la banda, estuvieron seguros de que Borob vendría a liberar a la mujer que podía reconocerle. Solo faltaba esperar un poco con el ejército escondido cerca de la prisión. Ahora, encerrados en ella y rodeados por centenares de soldados, los bandidos maldecían su suerte.

Dentro del canal del Xenil, algunos picapedreros sacaron unas piedras trampas, colocadas intencionadamente. El agua fría del río penetró y ahogó a la mayoría de los maleantes. Los que pudieron escapar por la abertura, fueron rematados por los soldados en el río.

Cuentan (pero sólo Alá sabe la verdad) que al día siguiente el Xenil se tiñó de sangre y que nadie pudo reconocer a Barob entre los cadáveres recogidos. El rey ordenó abandonar al juez en medio de las nieves de la sierra. Algunos dicen que consiguió llegar a Motrel, embarcó y salió de Al-Andalus. A Mawiya la desterraron y llegó a ser anciana, muriendo en su pueblo natal, Loxa. Granada celebró la muerte del sanguinario ladrón con hogueras, danzas, asados y té. Y es que sólo Alá imparte recta justicia. Loado por siempre sea.